



Para sofocar de antemano cualquier revuelta, no es necesario emprender acciones violentas. Los métodos hitlerianos son obsoletos. Basta con crear un condicionamiento colectivo tan poderoso que la idea misma de la revuelta ni siquiera se le ocurra a la gente.

Lo ideal sería formatear a los individuos desde su nacimiento limitando sus capacidades biológicas innatas. Luego, el condicionamiento continuaría reduciendo drásticamente la educación a una forma de integración profesional. Un individuo inculto solo tiene un horizonte de pensamiento limitado, y cuanto más se limita su pensamiento a preocupaciones mediocres, menos puede rebelarse. Debemos conseguir que el acceso al conocimiento sea cada vez más difícil y elitista. Que la brecha entre el pueblo y la ciencia se amplíe, que la información destinada al público en general se anestesie de cualquier contenido subversivo.

Especialmente la filosofía. También en este caso hay que recurrir a la persuasión, no a la violencia directa: los espectáculos que apelan a lo emocional o a lo instintivo se difundirán masivamente por televisión. La mente se ocupará de lo que es fútil y

juguetón. Es bueno evitar que la mente piense en una charla constante y en la música. La sexualidad se situará en el primer plano de los intereses humanos. Como tranquilizante social, no hay nada mejor.

En general, se hará de tal manera que se destierre la seriedad de la vida, se burle todo lo de alto valor, se mantenga una constante apología de la ligereza: para que la euforia de la publicidad se convierta en norma de la felicidad humana y en modelo de libertad. De este modo, el condicionamiento producirá una integración tal que el único miedo —que debe mantenerse— será el de ser excluido del sistema y, por tanto, el de no poder acceder a las condiciones necesarias para la felicidad.

El hombre masa, así producido, debe ser tratado como lo que es: un ternero, y debe ser vigilado como debe serlo un rebaño. Todo lo que pueda dormir su lucidez es socialmente bueno, todo lo que lo despierte debe ser ridiculizado, sofocado, combatido. Cualquier doctrina que desafíe al sistema debe ser designada primero como subversiva y terrorista, y quienes la apoyan deben ser tratados como tales.

GÜNTHER ANDERS,

La obsolescencia del hombre, vol. II (1980)

INTRODUCCIÓN

¿Quién encuentra hoy gentes capaces de narrar como es debido? ¿Acaso dicen hoy los moribundos palabras perdurables que se transmiten como un anillo de generación en generación?

WALTER BENJAMIN,
«Experiencia y pobreza» (1933)

De las muchas transformaciones que está sufriendo de forma generalizada el individuo en la modernidad tardía, una de las más relevantes es, a mi entender, la atrofia de la capacidad narrativa, la progresiva dificultad para contarse a sí mismo y para elaborar una historia. Se trata de una dificultad que nos afecta a todos, pero que sufren en mayor medida quienes han nacido en la era digital. Una incapacidad que se ha incrementado en las últimas décadas, cuyos efectos quiero aquí cartografiar mediante la intersección de los saberes que aportan la filosofía, la sociología y el psicoanálisis, y a partir de la lectura de distintos emergentes sociales, esto es, de los nuevos fenómenos que surgen en la producción cultural de nuestra época.

Desde finales del siglo XX, los profesionales que nos dedicamos a la escucha del malestar observamos con preocupación que quienes nos consultan han dejado de poder relacionar su sufrimiento psíquico con causa alguna. Sienten angustia, insomnio, irritabilidad, tristeza, desgana, experimentan problemas en sus relaciones sociales, se autolesionan, se deprimen, sufren de atracones o de comportamientos obsesivos, pero no pueden atribuir estos malestares a ninguna circunstancia biográfica o social que les perturbe. Ni siquiera encuentran

un nexo aproximado entre el síntoma que sufren y sus circunstancias personales.

Este hecho no es nuevo para nosotros, pues los pacientes psicosomáticos, aquellos que expresan el dolor psíquico con malestares en el cuerpo, ya acusaban esta pérdida de narratividad que hacía más difícil su tratamiento; pero lo novedoso hoy es la universalización de esta atrofia, su presencia en todo tipo de cuadros clínicos, en una gran mayoría de jóvenes y en la población en general. Lo novedoso hoy es que la producción de individualidad que impulsa nuestro mundo digitalizado se centre en aumentar progresiva e incesantemente esta jibarización de la capacidad narrativa.

Porque la atrofia de la capacidad que aquí analizamos no tiene solo que ver con una dificultad para ponerle palabras al pensamiento, sino con un déficit del pensamiento mismo y del mundo de la imaginación, con un progresivo vacío de representación que surge como defensa ante las condiciones de producción de la individualidad en un capitalismo de la atención que nos hace, precisamente, desatentos.

En febrero de 2023, invitada por la Sociedad Forum de Psicoterapia Psicoanalítica, impartí un seminario que titulé *Atrofia de la capacidad narrativa en el capitalismo digital*. Al elegir el tema, mi intención era sistematizar lo que había estado pensando, leyendo e intuyendo en los últimos años sobre la dificultad de narrarse que encontraba tanto en los pacientes como a mi alrededor. Los primeros indicios de esa progresiva atrofia venían de lejos y ya apunté a la falta de reflexividad que acompaña a la ausencia de relato en mi último ensayo, *Invulnerables e invertebrados*. Pero necesitaba indagar más, y la obligación de sistematizar el trabajo realizado que aquel seminario me ofrecía fue una de las bases de este nuevo ensayo.

Si ha disminuido nuestra capacidad de conversar, a pesar de la hiperproducción de textos que pueblan nuestro entorno, es también porque tenemos dificultad para pensar, y esta difi-

cultad para pensar la vinculamos a un vaciamiento de nuestro mundo interno, a una incapacidad creciente para transformar lo que nos acontece en una experiencia subjetiva, propia, comunicable; esta será nuestra hipótesis.

Para adentrarme en ella me remitiré a los orígenes del concepto que sirve de subtítulo, que debemos a Walter Benjamin; seguiré con las consideraciones de Richard Sennett sobre la fragmentación de la experiencia, que corre paralela al sistema de producción del capitalismo posfordista; y continuaré con un autor contemporáneo que ha dedicado parte de su obra al análisis de la subjetividad de la que denomina *generación post alfa* (por *postalfabética*), Franco «Bifo» Berardi. Christian Salmon, investigador y escritor, estructurará con sus aportaciones algunos ítems del fenómeno en su vertiente más política y social.

Pero son el filósofo francés René Girard y su concepto de *deseo mimético* los referentes que están en la base de mi hipótesis. Girard observa que tanto don Quijote como Emma Bovary, entre otros personajes de ficción, imitan a los héroes de las novelas de caballería, el primero; a las heroínas románticas, la segunda. Todos somos miméticos como don Quijote imitando a Amadís de Gaula, todos somos Emma Bovary identificada con las heroínas de las novelas que lee, todos anhelamos lo que nuestros mediadores, aquellos a quienes admiramos, envidiamos o amamos, nos muestran. Siempre fue así, no hay deseo *ex nihilo*. El problema estriba entonces en quiénes son hoy nuestros modelos, qué ideales mueven nuestra sociedad de la información, y estimo que uno de ellos, por más que a algunos nos pese, es la ignorancia. Donald Trump sería el paradigma de este síntoma social, que bauticé hace algunos años como *estultofilia*.

La descripción del mundo digital en el que vivimos y sus efectos en nuestro psiquismo ocupan una parte indispensable de este trabajo. Un mundo que nos ha llevado a que el deseo de no-fricción forme parte ya de nuestras aspiraciones tanto

en el mundo virtual como en el físico, como lo demuestran los numerosos emergentes en los que me detendré. El uso de las aplicaciones de citas, Tinder o Replika, es solo un ejemplo más de la huida del contacto que caracteriza en mayor o menor medida la forma de relación de nuestros conciudadanos.

La caída de los relatos globales que ya advirtió Jean-François Lyotard en 1979, junto con la multiplicación de los *storytelling* a partir del año 2000, produjo en la esfera individual esta progresiva atrofia de la capacidad narrativa que quiero analizar aquí.

Y, sin embargo, el psicoanálisis sigue apostando por elaborar una historia, una búsqueda de relato autobiográfico que se expresa también en la literatura con el recurso a la autoficción, a la que dedicaré un breve apartado, y con el resurgir de las medicinas y terapias narrativas. Un antídoto que resulta insuficiente contra la pandemia de mutismo narrativo que, junto con un hiperbólico e insustancial bla-bla-bla, nos afecta. Que allí donde prima la identidad adhesiva y mimética aflore la subjetividad creativa, hoy en crisis, podría resumir, parafraseando la famosa frase freudiana, «Donde Ello era, Yo debe advenir», el objetivo de mi propuesta.

El deseo mimético nos plantea varias preguntas que recorren siglos del pensamiento occidental: ¿qué somos?, ¿quiénes somos?, ¿cuál es nuestra naturaleza humana? Pretendo introducir algunos elementos en el debate con la incorporación de un concepto que ya anticipé en mi ensayo anterior, el de los hombres y mujeres huecos. Unos seres que conoceremos a través de testimonios de quienes se transformaron de ciudadanos ejemplares en asesinos de masas, de quienes se introdujeron en sectas, de quienes se hacen adictos a las pantallas; e identificaremos los mecanismos que estuvieron y están en el origen de esos cambios: la fusión de identidades, la identidad adhesiva, el anhelo de pertenencia, la búsqueda de reconocimiento, el vaciamiento del mundo interior para sus-

tituirlo adaptativamente por propuestas prestadas. Si me retrotraigo a comienzos del siglo XX es porque pienso que los mismos mecanismos que movieron a aquellos hombres huecos que hicieron posible el nazismo están exacerbados hoy en nuestra sociedad digital, y que los peligros que implica la sumisión a una presión social acéfala y multiforme nos acechan con mayor motivo en la actualidad.

Por otra parte, existen hombres y mujeres que se rigen por una moral autónoma fuera de la corriente mayoritaria, hombres y mujeres vertebrados que se rebelan y apuestan por singularizar su camino, por elegir su destino enfrentándose al pensamiento dominante y construyendo una subjetividad propia, opuesta a la de esos otros hombres y mujeres huecos que buscan en las sectas o en el mundo digital, en la vida anodina del normópata hiperadaptado, identidades prestadas, y que se adhieren a ellas para sostenerse. A los vertebrados les dedicaré también un espacio.

Atrofia de la capacidad narrativa, huida del pensamiento crítico, rechazo del contacto a favor de una búsqueda de la satisfacción inmediata: el individualismo neoliberal y el mundo digital nos alejan de lo que considerábamos la condición humana. ¿Somos hoy, pues, menos humanos?

La caída de los grandes relatos lleva de la mano el olvido de lo humano universal en pro de particularismos identitarios que provocan la ruptura de los lazos sociales para satisfacer las urgentes necesidades de reconocimiento que asolan nuestra sociedad de la incertidumbre, con el consecuente empobrecimiento afectivo que nos entristece.

Poner límites a la digitalización¹ es, en este horizonte, una tarea imprescindible; recuperar la presencialidad, la con-

1. Llamamos *digitalización* a un proceso de ingeniería que traduce el mundo conocido, analógico, y el mundo por venir a información almacenada, transportada y presentada a través de la combinación de bits.

versación íntima y el contacto de la relación cuerpo a cuerpo se hace necesario en un planeta letalmente amenazado por nuestra avaricia autofágica y extractivista; un planeta que no podremos salvar sino juntos, apelando a lo común. El abandono de la ideología capitalista del crecimiento infinito exigirá un retorno creativo a lo local para hacer un uso sostenible de los recursos limitados de la Tierra.

Trataré aquí de analizar esta atrofia de la capacidad narrativa que afecta a grandes grupos de nuestra sociedad en diálogo con algunos autores que se anticiparon a nuestro tiempo, y con otros que ya contaron en su análisis con la universalización del mundo digital, es decir, la conversión del mundo físico en una pantalla plana. Y lo haré porque me parece que esta ausencia sistemática y progresiva de la capacidad de trasladar al lenguaje nuestras experiencias nos vacía, precisamente, de ellas, nos uniformiza y nos convierte en analfabetos afectivos, en ciudadanos acríticos e individualistas.

El aumento exponencial del número de personas que acuden a cursos de *mindfulness*, relajación o yoga, o a retiros de cualquier tipo, con la promesa de encontrarse mejor, apunta a un síntoma de esta ausencia de capacidad narrativa que mutila también la reflexividad y deja al individuo impotente frente a un malestar al que la sociedad de consumo ofrece mil posibilidades de solución, aunque pocas o ninguna de ellas pase por explorar el origen de esta mutilación, sino por colmar con otros recursos prestados la necesaria reflexividad perdida, como sucede con el consumo de libros de autoayuda.

El itinerario escogido en esta investigación no es académico, sino personal, una selección de los autores que, en la búsqueda de una explicación, me han ayudado con sus aproximaciones, a veces incluso alejadas del tema, pero iluminadoras para nuestro análisis. Porque para comprender este nuevo síntoma personal y social, esta epidemia de mutismo introspectivo, necesitamos la confluencia de distintos sabe-

res, a partir de una forma de articulación que bien podría asemejarse a lo que H.J. Eysenck y Jessica Benjamin llamaron *sobreinclusión*, es decir, la intersección de distintas disciplinas de las humanidades con las neurociencias, cuyos conocimientos se complementan para abordar el mismo objeto de estudio. Exploro una ontología del presente de larga tradición que toma de Günther Anders el *carácter impresionista de la investigación*, el intento de descubrir las claves que se esconden tras los emergentes sociales sirviéndome de los conocimientos acumulados por la experiencia vital y la práctica del psicoanálisis. Anders encuadra su metodología en lo que denomina *filosofía coyuntural*, un cruce híbrido entre filosofía y periodismo, aunque, en mi caso, ese híbrido es heredero del psicoanálisis y de mi profunda vocación clínica, que me insta a utilizar para el estudio no solo la teoría (híbrida a su vez), sino la vida, la cultura en sus distintas manifestaciones, el flujo de la existencia propia y la de mis contemporáneos.